

Ediciones BISTAGNE

publica, quincenalmente, la más selecta colección de novelas, titulada

Biblioteca "Nuestro Corazón"

cuyos primeros números publicados

La que se hizo amar

de **Marcelo Priollet,**

NADA SE BORRA

de **Max Dervloux,**

LA ESPOSA Y LA AMIGA

de **José Baeza Valero y**

EL HOMBRE QUE NO SERVÍA PARA NADA

de **Jorge Clary,**

obtuvieron un éxito enorme.

El quinto volumen, que apareció el día 31 de diciembre, se titula

LA FALTA DEL HOMBRE

novela original de **René Trotet de Bargis**

Biblioteca "Nuestro Corazón"

está lujosamente presentada, consta de 96 páginas de buen texto y su precio es el de **UNA PESETA**

J. HORTA, IMPRESOR

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 327

25 CTS.



SU PERRO

POR
Julia Faye
y **José Schildkraut**

FilmoTeca
de Catalunya



BROWN, Karl

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción | PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración | Teléfono 4423 A

Año VII BARCELONA N.º 327

SU PERRO

(HIS DOG, 1927)

Bellísimo asunto, de honda filosofía,
interpretado por:

Julia Faye y José Schildkraut

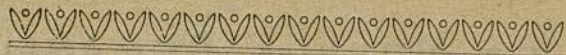
Selección PRO-DIS-CO Selecta
(Producers Distributing Corporation)

EXCLUSIVA DE

JULIO-CÉSAR, S. A.

Calle Aragón, 316 — BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografía de
MARCELINE DAY



SU PERRO

Argumento de la película

Pedro Olsen, joven sin familia ni amigos, arrastraba una aburrida existencia trabajando él solo en una pequeña granja de su propiedad.

Una vez al mes bajaba al pueblo para cobrar el importe de los productos de su granja y hacer algunas compras.

Dolly, la hija mayor del dueño del colmado más importante del pueblo, compadecía a Pedro por su vida solitaria y le dolía en el alma que para olvidar su triste vivir bebiese sin tasa, encontrando cuanto quisiera en el

bar situado enfrente del colmado y en un pisito, donde se jugaba y se bebía de lo lindo, burlando toda ley.

Aquel día, Dolly dijo a su padre, después de haber separado a su hermanita de Pedro, para demostrar a éste que no era digno de tener ninguna buena amistad siendo como él era:

—Padre, pregúntale a Pedro si quiere que tú le guardes el dinero que cobra. Así impediremos que lo despilfarre en bebida, que acabará por matarle.

El dueño del colmado asintió, pues opinaba como su hija, interesados, aunque no fuera más que por piedad, por la salvación de aquel joven anacoreta.

Pero Pedro, cuando el padre de Dolly le expuso su proposición, se encogió de hombros y replicó:

—Ese es el único entretenimiento que tengo.

Y desde el colmado encaminóse al bar, donde fué cordialmente recibido por algunos pájaros de cuenta, esos sujetos que van siempre a la caza de ocasiones para desplumar en forma oculta a los incautos que les brindan su confianza.

Unas horas después, Pedro salía con tan poco dinero como mucho alcohol en su cuerpo.

Zigzagueando por el camino, el infeliz se acercaba a su granja, dándole con el pie a un

bote de hojalata, cuando, de súbito, detúvose junto a la cuneta de la carretera, extrañado de ver tendido al pie de un árbol a un perro.



...compadecía a Pedro por su vida solitaria...

Acercóse al can y como viera que éste no hacía el menor movimiento, le examinó y comprobó que tenía una pata rota.

—¡Pobre viejo abandonado! Estás muy mal herido. Mejor será que te libere de esta miserable vida — dijo, decidiéndose a matarlo con una piedra.

El perro le miró como si comprendiese su acción y le suplicara que en lugar de rematarlo procurara curarlo.

Pedro iba a descargar la piedra sobre la cabeza del animal, mas se detuvo ante las miradas del herido, completamente desarmado por ellas, y comentó:

—No sé por qué será que me detengo, pero pensándolo mejor, puedo llevarte conmigo y allá veremos si te curas pronto.

El perro meneó la cola como si las palabras de Pedro fuesen verdaderas caricias, y sin vacilar, el beodo cargó con él y siguió adelante, dibujando eses de un modo verdaderamente alarmante... para él y su compañero.

Llegado que fué a su granja, Pedro dió de comer al can, le vendó la pata herida, y tratándole como un semejante, le habló de esta suerte:

—Mis abuelos decían que los perros mataban las ovejas. Por eso no he querido hasta ahora tener ninguno.

El perro le escuchaba con aire inteligente; y Pedro, después de observarle unos momentos, prosiguió:

—¿Cómo te llamas? Tienes cara de llamarte Jack. Desde hoy te llamas Jack.

El can no protestó de su nuevo bautismo, sino que, satisfecho de lo bien tratado que había sido por parte de Pedro, estaba dispuesto

a acatar sus menores caprichos, con tal de demostrarle su inmensa gratitud. Y su cola se agitó como si alguien le hiciera cosquillas... Y casi no le dolía ya su pata herida.

*
**

Cuando Pedro volvió a la ciudad, a la otra quincena, colocó un anuncio en la puerta de la oficina de correos, donde había un espacio reservado exclusivamente a ello, y en el mismo rezaba lo siguiente:

HALLAZGO: *He encontrado un perro de caza con una pata rota. Se entregará a su dueño mediante gratificación. Pedro Olsen.*

Al lado de este aviso había este otro:

PERDIDA: *Un "collie" obscuro y plata. Macho. Se gratificará con 75 dólares al que lo encuentre. H. H. Gault.*

Pedro leyó este anuncio y dijo a Dolly, que acertó a pasar por su lado en aquel momento: —¿Qué es un "collie"?

—Un perro — respondió ella, sorprendida de que el solitario granjero no lo supiera.

—¡Ah, caramba! ¿Dice oscuro?

—Sí. Oscuro y plata. Es decir, claro. Ya sabe usted que los poetas dicen que la luna es de plata.

—Entonces, ese perro no es el que yo tengo... El perro que yo he encontrado es blanco.

Dolly entró en el colmado, que lindaba con la oficina de correos, y a poco Pedro la siguió allí; y preguntó al dueño:

—¿Tiene usted algún libro sobre los perros?

Para que no parezca extraño que en un colmado vendieran libros, diremos que en aquél había una biblioteca de alquiler, para intensificar la cultura popular, hermanando la materia con el espíritu.

El dueño llamó a Dolly, que estaba en la Caja, y la gentil muchacha proporcionó a Pedro lo que pedía. El volumen se titulaba:

Nuestro mejor amigo, el perro

De regreso a su casa con el libro, el monje de los campos, sentándose cerca del hogar y teniendo frente a sí al perro, hojeó la obra.

—Aquí dice — empezó, como si hablase con Jack—: "El perro ha roto la infranqueable barrera que separa al hombre de los animales y ha conquistado un puesto al lado

del hombre. Este es como un dios para el perro."

No estaba mal aquello. Siguió hojeando el libro y leyó:



—*Jack, tú miras descaradamente.*

—“El perro es el único mortal que tiene el privilegio de mirar cara a cara a su dios”.

Pedro observó a Jack, y como éste le mirase fijamente, comentó:

—*Jack, tú miras descaradamente.*

Pero las advertencias del libro causaron

honda impresión en el solitario, y el sentimiento de responsabilidad de ser árbitro de los destinos del pobre perro operó en la sencilla mente de Pedro un notable y progresivo cambio.

Poco a poco la casa de campo se fué transformando, bajo el ojo vigilante del irracional, y de mejor humor con la compañía de Jack, el trabajo de Pedro era más aprovechado que antes.

El perro estaba completamente curado y daba gusto verlo tan hermoso como era, con su cara inteligente y su piel aristocrática.

Aquella mañana, Jack, atado a un árbol junto a la cerca donde estaba encerrado el rebaño, asustó a éste con sus ladridos; y como la valla estaba un poco abierta, el ganado escapó, dispersándose por el llano.

Pedro le gritó a Jack:

—¡Basta de ladrar! Tú siempre espantas al rebaño y luego tengo yo que reunirlos.

El perro pugnaba por desasirse de su ligadura.

—¿Te rebelas? ¿Quieres comerte el mejor cordero, grandísimo tunante? Voy a probarte, y ¡ay de ti si se confirma lo que yo siempre he temido de un perro! Vete a traer las ovejas.

Lo desató, y el perro, a todo correr, alcanzó presto el desmandado rebaño, al que, cerrándole el paso ora a la derecha, ora a la

izquierda, condujo al redil, colocándose él detrás, como una fuerza que lo empujara sin oposición posible.

Y en breves instantes el rebaño volvió a estar en la cerca, que Pedro, asombrado, cerró cuidadosamente.

Jack estaba radiante de orgullo, y Pedro, cogiéndolo entre sus brazos, le acarició con sincero cariño, diciéndole:

—¿Quién te ha enseñado a ti a hacer esto, Jack? ¡Y yo que creía que los perros no servían más que para devorar!

La afirmación de los antepasados no tenía, pues, de momento, fundamento, y Pedro le iba cobrando a Jack un afecto muy hondo.

Por la tarde Pedro preparóse para ir a la ciudad. Jack le contemplaba en silencio, adivinando su intento y deseando acompañarle.

Pero Pedro le dijo:

—Hoy no puedes venir conmigo. Es día de cobro, y si vuelvo algo turbio, alguien podría robarte.

Por si Jack no lo había comprendido ya, al ver como Pedro le encerraba en la casa perdió todas las esperanzas de ir con él y, apostándose detrás de una ventana, apoyando en ella sus patas delanteras, le vió alejarse, sintiendo un pesar infinito por aquel abandono aunque sólo fuera momentáneo.

Llegado que fué al pueblo, Pedro fué a

cobrar sus créditos, en la oficina de correos, donde le entregaron un cheque, y al salir, unos jugadores que frecuentaban el bar con malas intenciones, fueron a su encuentro.

—¡Hola, Pedro! ¿Cómo estamos?

—¡Hola, amigos! He venido a cobrar. He aquí el cheque... Lo voy a hacer efectivo en el colmado, para pagar mis cuentas.

—Ven con nosotros al bar. El dueño te pagará el cheque y podrás ir al colmado más tarde.

—Prefiero ir ahora. He de hacer algunas compras.

—Será mejor que las hagas luego. Cuanto más tarde vayas, menos estorbos tendrás hasta el momento de partir. Ven con nosotros al bar, hombre, y jugaremos un rato. Allí deben hallarse nuestros amigos y se alegrarán de verte.

—Bueno, vamos...

Pedro se dejó tentar, y cuando estuvo en el bar, aquéllos y otros "amigos" le invitaron a jugar, dispuestos a robarle todo el dinero que el dueño le acababa de entregar a cambio del cheque.

Dolly y unas parroquianas vieron a Pedro entrar en el bar, y éstas dijeron, pues le conocían, como todos se conocían en el pueblo:

—Ya está otra vez metido ahí y entre esos

gandules ese Pedro Olsen. ¡No le gusta poco el vinillo, que digamos!

Dolly, con melancolía, replicó:

—Es el único sitio donde es bien recibido.

En tanto, Jack, como si presintiera que a su amo le iba a ocurrir algo desagradable, corría libremente por la carretera, siguiendo sus huellas, y llegaba, al poco rato, a la puerta del bar, donde sentóse a esperarle. No podía soportar su separación, y aun a riesgo de recibir un castigo, había roto la consigna de no moverse de la casa.

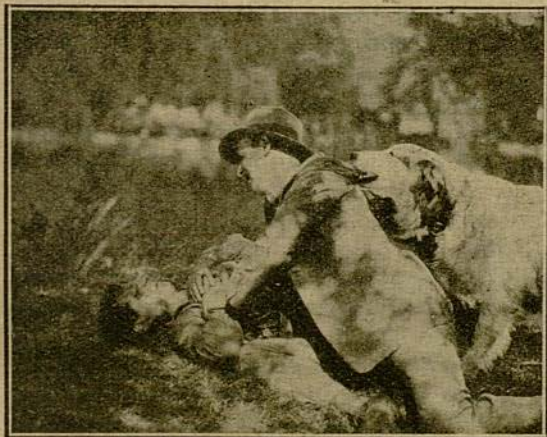
Y fué pasando el rato, y Jack seguía esperando a Pedro, cuya borrachera, provocada por sus amigos, era de mayor cuantía.

**

Pedro salió al fin, acompañado de los dos bribones que querían quitarle hasta el último billete y que le obligaron a entrar con ellos en el bar antes de realizar compras.

Estaba completamente bebido, y no vió al perro, sobre el cual tuvo que pasar dando un ligero salto.

Jack siguió a su amo y a los dos tunantes, e hizo santamente, porque en lugar de conducir a Pedro al colmado, aquéllos le llevaron a un rincón apartado del pueblo, a ori-



...acudió en auxilio de su amo.

llas del río, para llevar a la práctica, de una vez, su intento.

Los miserables golpearon a Pedro y buscaron su cartera en sus bolsillos, después de haberle derribado al suelo.

Por fortuna, Jack, que no los había perdi-

do de vista, acudió en auxilio de su amo, y, a fuerza de hincar sus colmillos en las carnes de los bribones, logró que dejaran en paz a Pedro; pero cuando éste intentó incorporarse, le asestaron un golpe en la cabeza y el beodo cayó al río mientras ellos huían a toda velocidad, temerosos de la venganza del perro.

De buena gana Jack hubiese dado alcance a los miserables, para dejarles un buen recuerdo de su cólera, pero como era urgente sacar del agua a Pedro, se zambulló en el río y no sin esfuerzo consiguió conducir a su amo a la orilla.

Pedro reaccionó lo bastante para comprender la heroica acción del perro, y le abrazó con toda su alma, emprendiendo rápidamente el regreso a la granja.

Cuando llegó colocóse junto al fuego y buscó en sus bolsillos la cartera conteniendo el dinero cobrado. Por suerte, los ladrones no se la llevaron, pues no pudieron quitar fácilmente el alfiler imperdible que unía el bolsillo con el forro, y, contento, Pedro extendió sobre la mesa, para que se secaran, los billetes. Y dijo a Jack, que le contemplaba junto al hogar:

—Soy todo un tío, amigo mío. No se han llevado un céntimo y me voy a beber esta botella a tu salud.

Jack le miró receloso...

—Me has salvado la vida y los cuartos. ¡Eres inmenso! — continuó Pedro.

Jack seguía observándole con temor, mientras Pedro engullía la mitad del contenido de la botella.

Pedro fijóse en la actitud del perro y le preguntó, malhumorado, pues su cerebro se iba nublando más y más todavía:

—¿Qué es lo que piensas, Jack? ¿Te avergüenzas de mí?

Jack manteníase en su actitud reservada, acusadora...

Irritado, Pedro le gritó:

—Yo no consiento que un perro me diga lo que tengo que hacer. ¡Beberé todo lo que me dé la gana! ¿Lo has oído?

Y de un trago apuró el resto de la botella.

—Ya está. Y si tuviera otra botella, también me la bebería — continuó, provocándole.

Jack se apartaba lentamente de él, como temeroso de su contacto.

—¿Qué es eso? ¿Por qué te apartas de mí? Te repugno, ¿eh? ¡Ven aquí en seguida! ¡Ven aquí!

Pero el perro continuaba retrocediendo, y, terriblemente furioso, Pedro hizo ademán de golpearlo sin compasión. Jack, asustado, tumbóse en el suelo, panza arriba, y se puso a temblar, sin cesar de mirar a Pedro.

El beodo no pudo descargar ningún golpe

sobre el animal, y arrepentido súbitamente, cual si la venda que cubría sus ojos se le hubiese caído en aquel momento, sentóse en un sillón junto al fuego y le llamó cariñosamente, con lágrimas en los ojos:

—Ven, Jack, ven con tu amiguito. ¿Quieres venir?

Y Jack, meneando la cola con alegría, acercóse a su amo, quien lo estrechó entre sus brazos con verdadera emoción.

*
**

Desde aquel día, Pedro no volvió a emborracharse y no tuvo ningún disgusto más con el perro.

Y al terminar el verano, Pedro era otro hombre y su casita, una preciosidad, notándose en su adorno interior y exterior, cierta coquetería femenina.

¿Quién era la inspiradora de Pedro?

¡Quién sino Dolly, la gentil hija del dueño del colmado del pueblo!

Sí, era Dolly. Ahora, transformado Pedro en un hombre normal, Dolly, su padre y su

hermanita le visitaban todos los domingos y comían en su compañía.

Pero para Jack los días de fiesta eran un martirio, porque sufría los rigores de la etiqueta y quedaba encerrado en la casa.

Además, Dolly le tenía un miedo atroz, tanto, que Pedro hubo de decirle, aquel domingo:

—Pero, Dolly, ¿cuándo perderás ese absurdo temor a los perros?

—¡Nunca! ¡Nunca! — replicó ella, asustada.

Su hermanita se había acercado al perro, que acudió a recibirles a su llegada a la granja, y le acariciaba confiadamente.

—¡Oh! Apártate, Esperancita. ¡Te va a morder! — le gritó Dolly.

El padre hubo de intervenir, para calmar a Dolly, y Pedro encerró a Jack, para que los dejara comer en paz.

Después de la comida, Dolly, su hermanita y Pedro fueron a pasear, mientras el padre de ellas dormía la siesta, encantado de la vida.

Dolly, haciéndole un guiño a su hermanita, le dijo:

—Niña, vamos a coger flores.

Sin vacilar, la pequeña, que era una criatura monísima, contestó:

—Yo no quiero ir. Yo os esperaré a Pedro y a ti.

Dolly y Pedro se sentaron en un banco de la propiedad, en tanto que la niña corría por los campos, cerca de ellos; y el bueno de Pedro pasó por unos momentos de apuro.

¡Se quería declarar a Dolly y no le salían las palabras de la garganta!

—Dolly, yo quería preguntar a usted una cosa...

—¿Qué cosa, Pedro? — inquirió ella, llena de ilusión.

—¿Por qué es usted tan enemiga de los perros?

¡Qué desencanto! ¡Cuando ella creía que iba a decirle que la amaba!

Y obligada a responder a la pregunta, para justificar su miedo, dijo así:

—Cuando yo era pequeñita, un perro, hostigado por unos chicos, se abalanzó sobre mí y me hundió sus colmillos en este brazo. ¿Ve usted? ¡Oh, qué miedo experimento hoy aún al recordar aquello!

¡ Pedro acariciaba amorosamente el brazo que Dolly le mostrara con la cicatriz de la mordedura, mas no se decidió a besarle, como era su deseo...

Y murmuró, pensando en otra cosa:

—Siento mucho haberle recordado eso, pero es que yo... yo... usted... nosotros... todo el mundo, Dolly...

Intentó seguir, pero no pudo. Se atascó, y

para sacarlo del atolladero, Dolly, decidida, como buena enamorada, le dijo:

—Bueno... si usted está seguro de sus sen-



Pedro acariciaba amorosamente el brazo.

timientos, y me ama tanto como dice, no tengo inconveniente en casarme con usted.

—¡Oh, Dolly! ¿De veras? — exclamó Pedro, que suspiró, admirado de la intuición de Dolly.

En esto apareció la niña, quien al ver a la pareja tan dichosa, dijo:

—¿Qué, Dolly, te ha dicho ya Pedro lo que esperabas?

Y Dolly se ruborizó, mientras Pedro aparentaba no haber dicho nada.

Al día siguiente, Pedro presentóse en el colmado, dispuesto a hablar con el padre de la novia.

Antes de entrar se detuvo en la puerta de la oficina de correos, y leyó el siguiente anuncio:

*EXPOSICION CANINA ANUAL
DE OAKDALE*

Premios de 100 dólares.

Gran premio extraordinario para el mejor perro.

Pedro, sonriente, comunicó a Dolly, que estaba a su lado:

—Tengo una inspiración. Aquí obtendremos el dinero para nuestra boda. Jack puede ganar el premio extraordinario.

—Fíate de la Virgen y no corras, Pedro... Si no nos casamos con otro dinero...

—Déjame hacer a mí...

La hermanita de Dolly sabía a lo que llegaba Pedro al pueblo aquel día, y fué a avisar a su padre:

—Pedro se ha declarado a Dolly y viene a pedirte su mano.

—¡Ah! Pues voy a recibirle bien. Ya verás. Si él tiene que decirme algo, yo también le diré unas palabras.

—¿No le vas a tratar bien, papá?

—¿Te interesa que le reciba bien para el asunto que viene a proponerme?

—Claro, papá... porque Dolly le quiere.

La niña se escurrió un tanto confusa, y Pedro, seguido de Dolly, que quedó algo distanciada, entró en la tienda, dirigiéndose hacia el mostrador, detrás del cual se hallaba el dueño.

—Señor Chatham, yo quiero preguntar a usted...

—Usted dirá, Pedro...

—...cómo podría figurar Jack en la Exposición.

Dolly sufrió un nuevo desencanto. ¿Es que Pedro iba a cortarse en el momento decisivo?

El señor Chatham alargó a Pedro un papel y le dijo:

—Firma este impreso y dame tres dólares.

Pedro se inclinó hacia el señor Chatham, y entonces, en voz baja, le disparó el principal motivo de su visita:

—Otra cosa... ¿Podría casarme con su hija?

—¿Con mi hija? Pero... — repuso secamente el señor Chatham.

Pedro, azorado, no sabía qué hacer de sus manos y de sus ojos.

Dolly le miraba, así como a su padre, con impaciencia... y rompiendo a reír, el señor Chatham exclamó:

—¡Pero que sí, hombre, que sí!

—¡Ah! ¡Caramba, qué susto, señor Chatham!

Dolly se abrazó en seguidita a Pedro, y soltó un “¡ay, qué feliz soy!” que hasta las paredes del establecimiento se estremecieron...

*
**

Unos días después, Pedro presentaba a Jack en la Exposición.

Al lado del puesto que le correspondió a su perro se hallaba el de una señorita más orgullosa que una niña “bien”.

Pedro, francote, dijo a su vecina, después de examinar desde su sitio el perro de ella:

—El Jurado podría ya adjudicar el primer premio a mi perro y se ahorraría tiempo.

La señorita, ofendida, le hizo el “favor” de replicarle:

—El perro de usted ganará seguramente la puerta. Echan primero del “ring” los perros insignificantes.

—¡Sí! Ya lo veremos. Usted no se ha fijado bien en mi perro.

En aquel momento dióse una orden:

—Primera clase. Escoceses. Números 64, 65, 66 y 67.

Pedro y su vecina debían presentar en la pista sus perros respectivos.

Al pasar Pedro con Jack junto al director del concurso, fué detenido por él; y le dijo:

—Sítuse junto a la puerta.

El desencanto del granjero fué inmenso, inenarrable. Entonces ¿era cierto que su Jack no era digno del premio?

Pero a poco el mismo director del certamen se reunía con él y, entregándole una pequeña copa y unas insignias, le decía:

—Primer premio. Ahora puede usted optar al extraordinario final y ganará la copa.

La alegría de Pedro fué indescriptible, y mucho más al ganar Jack el premio extraordinario, con una preciosa copa de gran tamaño y 100 dólares.

La vecina de Pedro tragaba quina en tanto de sobre el dueño de Jack caían las felicitaciones de todos.

Pero...

Unos nubarrones habían empañado el cielo azul de Pedro. Alguien había estado contemplando con especial interés el perro triunfador y dicho algo al Presidente del Club.

Este le mandó llamar, y al presentarse en su despacho, Pedro encontró en el mismo al Presidente, un secretario y un caballero y una señorita.

Pedro saludó humildemente.

—Pase, pase — le dijo el Presidente. Y empezó el siguiente interrogatorio—: Pedro Olsen, yo soy el Juez del Distrito. Considérese usted bajo la acción de la Justicia.

—¿Yo?... Yo no he cometido ningún delito.

—¿Dónde ha adquirido usted ese perro?

—Lo encontré la primavera pasada en el camino con una pata rota. Lo llevé a casa para curarlo y nadie ha reclamado.

—¿Y no vió usted que era un animal valioso?

—No, señor; yo creí que no era más que un perro...

—¿Por qué no anunció usted el hallazgo en los periódicos?

—Yo lo anuncié en la puerta de la oficina de correos.

La señorita que estaba al lado del caballero a quien el Juez consultaba con la mirada ca-

da vez que Pedro contestaba a sus preguntas, dijo:

—Es verdad, papá. Yo ví el aviso, pero decía "un perro de caza" y no creí que fuese el nuestro.

El Juez continuó, dirigiéndose a Pedro y señalándole el caballero:

—El señor Gault aquí presente, dueño del perro, es muy generoso. Le regala a usted los premios ganados por el perro. Además, le dará a usted un cheque por la gratificación que ofrecía. Deje usted aquí el perro.

Pedro no pudo contener por más tiempo su indignación y su pesar:

—¡No, Jack es mío! Yo le salvé la vida a él y él me salvó a mí. Los dos nos pertenecemos.

Y le abrazaba, como una madre a su hijo. Luego, preguntó al caballero:

—¿Cuánto pagó usted por el perro?

—¡Cómo!

—¿Que cuánto pagó usted por él?

—Seiscientos dólares.

—Conforme. Le compro el perro. Aquí tiene usted cien dólares y para pagar el resto le daré una hipoteca sobre mi granja.

Pero el caballero se negó, y Pedro fué obligado por un agente de la secreta a dejar el perro.

El despido fué emocionante.

—¡Adiós, Jack! No creas, mi buen amigo,

que te abandono. No creas que estoy cansado de ti. ¿Entiendes bien lo que pasa? Nos separan a la fuerza. ¡Dios mío, será terrible irme a casa sin ti, no volver a verte más!

El agente le ofreció el cheque que le entregaba el caballero, pero Pedro lo rechazó, diciendo:

—Yo no acostumbro aceptar dinero por separarme de los amigos.

E inició la marcha; pero antes se volvió y dijo al caballero:

—Ya lo puede usted atar bien.

De regreso a la granja, Pedro, a solas con su dolor, rompió a llorar, y al volver la cabeza vió algo que le llenó de alegría y gratitud a un tiempo.

¿Saben ustedes a quién? ¡A Jack! Se había resistido a seguir a sus nuevos dueños y corría en pos del segundo, a quien le debía la vida y de quien no toleraría que le separasen nunca.

Pero Pedro sabía que no podía quedarse, según la ley, a Jack, y le dijo, disponiéndose a ir a devolverlo:

—Eso no está bien, Jack. Tú no puedes estar aquí porque ya no eres mío.

Emprendieron juntos el camino del pueblo, y apenas se encontraban fuera del campo, cuando un automóvil se les echó encima, de-

teniéndose junto a ellos. Lo ocupaban el primer dueño del perro y su hija.

—Perdón, señor — dijo Pedro—. Jack se ha presentado en casa. No lo castigue usted por eso. Yo iba a devolverlo. Guárdenlo ustedes bien en su casa. Yo no tendré el valor de devolvérselo a ustedes otra vez.

La señorita consultó a su padre unos instantes, y acto seguido contestó a Pedro, sonriéndole:

—Señor Olsen, papá y yo vemos que el perro es más feliz con usted. ¡Quédeselo!

—¿De veras? ¡Oh, señorita! ¡Gracias, gracias!

... ..

Pedro recibió al día siguiente esta nota:

Señor don Pedro Olsen

Si está usted dispuesto algún día a desprenderse de su perro, le pagaré por él al contado seiscientos dólares.

Puede contestarme al Oakdale Country Club.

Howard Clark.

Pedro enseñaba esta carta a Dolly, y ella, después de leerla, le dijo:

—¿Por qué no aceptas esa oferta, Pedro? ¡Cuántas cosas podríamos comprar con 600 dólares!

—¡No, yo no vendo a mi mejor amigo!

—Nosotros no necesitamos el perro y en cambio necesitamos los seiscientos dólares...

—El es mucho para mí, Dolly. Tú sabes lo que ha hecho por mí. Ningún hombre haría otro tanto...

Dolly se disgustó.

—¡Ah, muy bien! Si tú prefieres el perro a mí...

—Pero, Dolly, por Dios...

—No ignoras el miedo que les tengo a los perros. ¡Escoge, pues, entre él o yo!

—Vamos, vamos...

—Esto es más serio de lo que tú crees. Yo no volveré a hablarte mientras tengas el perro en tu poder.

—Pero, Dolly...

Fué inútil que Pedro la llamara; ella, enojada, le dejó plantado en la tienda.

¿Qué haría Pedro? ¿Sacrificaría a Jack? ¿Renunciaría a Dolly?

Horrible dilema.

Y así llegó el domingo, el día, antes tan esperado.

Dolly no había visto desde el martes a Pedro y se arreglaba coquetamente en su cuartito para salir.

Su hermanita, que era un diablillo, le dijo:

—Ya sé adónde vas, Dolly.

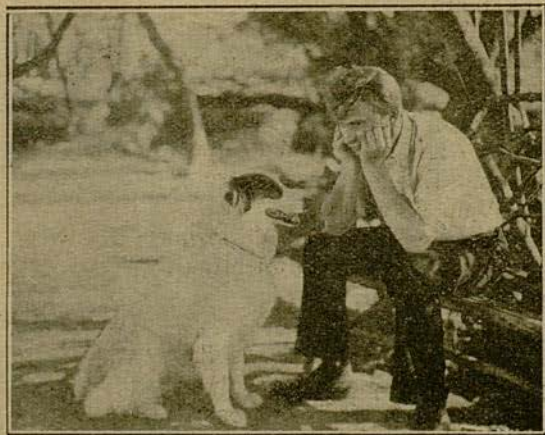
—Sabes más que yo...

—Tú vas en busca de Pedro.

—No, hijita, no; Pedro está muy atareado con su perro. No me sigas, ¿eh?

—Descuida...

Pedro hablaba con su perro.



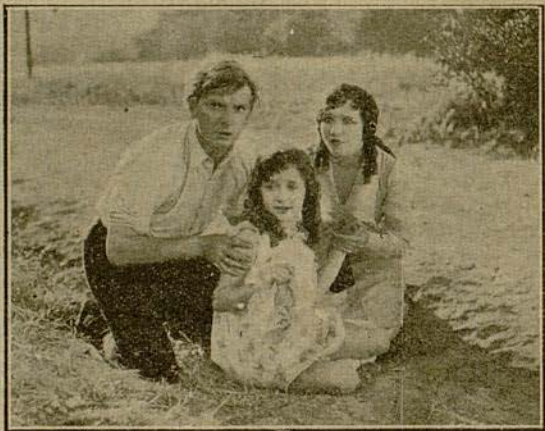
—¿Qué harías tú en mi lugar?

—Las mujeres son incomprensibles, Jack. Mi novia me obliga a elegir entre tú y ella. ¿Qué harías tú en mi lugar?

En aquel momento se presentó Dolly. Pedro, súbitamente alegre, se levantó y fué a su encuentro. Pero ¿qué le diría? ¿Que renunciaba al perro?

Este agitó la cola y miraba hacia el camino. Dolly miró también hacia la carretera y vió a su hermanita — que le había desobedecido — que llamaba a Jack.

Como el perro vacilara, la niña iba a cru-



...le vieron como muerto y se emocionaron.

zar el camino, cuando un *auto* a toda velocidad apareció de pronto a pocos metros de ella. El atropello era inminente; pero Jack estaba allí, y abalanzándose a la niña la echó violentamente a la cuneta, salvándola por verdadero milagro. Pero él quedó tendido algunos metros más allá.

Dolly, muerta de espanto, acudió con Pedro a recoger a la niña. No estaba herida. Podían estar tranquilos, pero buscando con la mirada al perro le vieron como muerto y se emocionaron.

Acudieron a su lado y Dolly lloró amargamente, pronunciando frases cariñosas, como si con ellas lo pudiera devolver a la vida.

Pedro, todo a su dolor, gimió:

—No está bien decirle ahora todas esas cosas, cuando ya no te puede oír. Tampoco debes llorarle. Total, no era más que un perro. ¡Pobre Jack! No ha podido hacer cosa mejor que dar su vida por salvar la de los demás. ¡Ah!... Marchaos las dos a casa y dejadme tranquilo con mi pena.

Pero Jack levantó la cabeza, para dar fe de vida.

Dolly no temería nunca más a los perros, pues lo que le hizo uno de ellos en su infancia, fué obra de la fatalidad; y dijo a Pedro, estrechando entre sus brazos a Jack, que sonreía por lo bajo:

—Pedro, si tratas de separarme de *mi* perro yo nunca me casaré contigo.

—¡Bendita palabra, Dolly mía! — exclamó Pedro.

Y el perro fué pretexto para que los novios se abrazaran.

FIN

Próximo número:

La emocionante novela

La escuadra hundida

(Un episodio del combate naval de Jutlandia)

Mañana, en *Los Grandes Films*, la gran producción:

CABARET

por Gilda Gray y Tom Moore.

Pida a su librero los dos últimos grandes éxitos de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
EDICIONES ESPECIALES

Ben-Hur y El Demonio y la Carne

por Ramón Novarro y Greta Garbo, John Gilbert y Lars Hanson, respectivamente.

Acaba de ponerse a la venta en la Biblioteca literaria «Nuestro Corazón», la bella novela de Félix Leonce:

LECCIONES DE LA VIDA

Si la lee, la recomendará.